cabe en el seno de Benaco, formándose un rio que baja por medio de verdes prados. Desde que emprende su curso la corriente, ya no se llama Benaco, y sí Mincio, hasta Goberno, de donde Baja el Pó.

»A corta distancia encuentra una llanura en la que se esparce y estanca, haciendo que el verano sea novicio á la salud. Al cruzar por allí la esquiva vírgen, vió sin cultivo y sin moradores la pantanosa tierra, detúvose con sus esclavos para precaver todo humano consorcio y practicar sus sortilegios, donde vivió y murió.

»Entonces todos los hombres que dispersados vagaban por su contorno, se reunieron en aquel sitio, defendido por todos lados por la laguna; alzaron una ciudad cimentada sobre los huesos de la difunta y le pusieron el nombre de la primera moradora, ó sea Mantua, sin otro motivo. Sus habitantes fueron mucho más numerosos antes que Casadoli fuese víctima de la falacia de Pinamonte (1).

»Te hago estas declaraciones para que no ignores el orígen de mi patria.»

A mi vez le dije: «Maestro, tan luminosas son tus palabras, y de tal manera absorben mi alma, que todas las demás son ligeras pavesas de carbon. Mas dime si entre las sombras que avanzan hay alguna digna de atencion, porque esta idea es la que ahora me domina.»

Y me contestó: «Aquel cuyas barbas van á posarse á sus atezados hombros, cuando la Grecia carecia de varones, pues apenas si los habia en las cunas, fué Augur y dió con Calcas en Aulide la seña para cortar el primer cable. Se llamó Euripiles, y así lo canta mi tragedia en algun punto; no lo ignoras, tú que la sabes de memoria.

»El otro que tiene tan huecos sus costados, fué Miguel Scott, que supo con certeza la combinacion de los fraudes mágicos (2).

»Mira á Guido Bonalti (3), á Asdente (4), que desearia ahora no haber abandonado sus cabos y cueros; pero es tardio su arrepentimiento.

(1) Pinamonte de Bonacorsi rogó á Casadoli que desterrase á muchos nobles que temia, y con facilidad derribó luego al crédulo conde de Mantua.
(2) Scott, astrónomo de Federico II, emperador.
(3) No hacia nada el conde Guido Montefeltro sin consultarlo con él.
(4) Zapatero y astrólogo de Parma.



»Observa las desgracias que echaron á un lado la aguja, la lanzadera y el huso, para hacerse adivinas, y que efectuaron maleficios, ya con yerbas, ya con imágenes.

»Mas ven, porque ya el astro en que se descubre á Cain y los zarzales, invaden los límites de ambos hemisferios, y toca el mar por la parte baja de Sevilla.

»En la postrera noche era redonda la luna; ya te acordarás que no te enojó siempre en la selva.»

Así me hablaba, mientras seguíamos nuestra marcha.

## CANTO VIGÉSIMOPRIMERO

*Foso quinto del círculo octavo, en el que moran los que hicieron comercio de la justicia.—Están sumidos en un lago de pez hirviendo.—Los demonios armados con arpones, se arrojan con furia contra los poetas; pero á una órden del que los manda, les dejan franco el paso.—Infierno bufo.*

De puente en puente, y tratando de varias cosas que mi lira no piensa cantar, íbamos avanzando; ya estábamos en el foso quinto, cuando paramos para contemplar la otra hendidura de Malebolge y oir vanos lamentos; estaba visiblemente oscura.

Como hierve la pez en el invierno en el arsenal de Venecia, para reparar las averías de los buques inútiles, y en el que tan fácilmente se construye uno nuevo, como se calafatean los lados de otro que ha viajado mucho, y donde unos golpean la popa, otros la proa, en tanto que otros hacen los remos, tuercen los obenques y preparan la mesana.

Así, no por la influencia del fuego, sino por la de la divina voluntad hervia en el fondo del hoyo una espesa materia, que embadurnaba el borde por una y otra parte.

Yo la contemplaba, mas sólo veia el borboton que el hervor levantaba, el cual iba creciendo y dilatándose, para caer aplastado de nuevo.

Yo estaba absorto contemplando el fondo, cuando me dijo mi Maestro: «Ten precaucion;» y me llevó hácia su lado, arrancándome del sitio en que me hallaba.

En aquel entonces me volví cual hombre que anhela ver aquello de lo que debe alejarse, y que se halla sobrecogido de súbito miedo, y que por ver no retarda su partida; entonces pude ver que detrás de nosotros venia al galope por el puente, un diablo negro.

¡Cuándo horrendo y feroz era su aspecto, y qué amenazadores me parecian sus gestos, cuando venía hácia mí con las alas abiertas y ligero paso!

En su abultada espalda llevaba un pecador, y lo tenia asido por el nervio del pié.

Al llegar á nuestro puente, dijo: «¡Oh Malebranche! (1) Aquí está uno de los antiguos de Santa Cila (2); colocadle debajo, que yo me vuelvo aun á la tierra en que tantos hay. No se

halla hombre allí que sea bueno, á excepcion de Bonturo (3); por dinero allí, lo blanco se hace negro.»

Lo arrojó al fondo, y retrocedió por el duro peñasco, corriendo más que mastin suelto persiguiendo á un ladron.

(1) Malebranche, malditas garras.—Nombre usual de los demonios del foso quinto, do están los que han traficado con la justicia, los que dice Grangier que tienen garras de Leon.

(2) Santa Cila o la ciudad de Luca, donde se venera dicha santa.

(3) Cruel ironía contra aquel Benito Bonturo, de la familia Daiti, tenido por el hombre más venal de la ciudad de Luca.



Se hundió el pecador y no tardó en subir completamente manchado, pero los demonios que se refugiaban en el puente, gritaron: «Aquí no se trata de la santa Faz (1).

»El nadar de aquí es muy diferente al del Serchio (2). Si quieres precaverte de nuestros rasguños, no rices la flor de la pez.»

Despues lo cogieron con más de cien arpones, diciendo: «Es necesario que bailes aquí á cubierto, y si prevaricas siquiera será oculto.»

De igual suerte lo ejecutan los cocineros para hundir con los tenedores los pollos que no quieren que sobrenaden en el caldo.

Mi guia me dijo: «Para evitar tu presencia, ampárate de una roca que te oculte.

»No temas nada, cualquiera que sea la ofensa que me puedan inferir, pues ya es la segunda vez que me hallo en esta contienda.»

Acabó luego de pasar el puente, necesitando de toda la serenidad que en su aspecto revelaba al llegar á la ribera sexta.

Con el ímpetu que se arrojan los perros sobre el infeliz que pide socorro á la casa en que se pára, treparon los que estaban debajo del puente, y volvieron sus aguzados garfios contra mi Maestro, que gritó: «¡Qué nadie me toque!

»Primero que me alcancen vuestras horcas, que se adelante uno, que me oiga, y que luego pregunte si debe ser perdonado.

A lo que todos dijeron: «Anda, Malacoda (3).» Uno de ellos se aproximó, en tanto los demás permanecieron inmóviles, y al llegar, exclamó: «¿En qué te puedo servir?»

«¿Te figuras Malacoda, que me contemplarias sano y salvo aquí, sin embargo de vuestras armas, dijo mi guia, si no fuera por la divina voluntad y el próspero destino? Consiénteme el paso, porque en el Cielo se ordena que muestre á otro ese salvaje camino.»

De tal manera quedó vencido entonces el orgullo del demo-

(1) La santa Faz, imágen de Jesucristo, perteneciente á Nicodemus su discípulo, y que muestran los lucanos en la iglesia de San Martin.

(2) Serchio, rio que baña las cercanias de Luca.

(3) Objeto maldito.

nio, que la horca cayó á sus piés, y dijo á sus compañeros: «Marchemos; que no se le toque.»

Y mi Maestro se dirigió á mí: «Tú, que tan oculto estás entre las rocas, ven ahora á mí sin cuidado.»

Por lo que en el momento fuí á reunirme con él; los demonios avanzaron tambien, tanto, que llegué á temer faltasen á lo tratado.

Temblé como en cierta ocasion ví temblar á los que por virtud de un tratado salian de Caprona (1), al verse rodeados de multitud enemiga.

Me aproximé cuanto pude á mi Maestro sin desviar la vista del rostro de aquellos que nada bueno presagiaban, puesto que disponian sus garfios: «¿Quieres que le toque con el arpon?» dijo uno de ellos á otro; y contestaron todos: «Sí, plantaselo.»

Mas el demonio que habia hablado con mi guia, súbito se volvió diciendo: «Poquito á poco, Scarmiglione (2).

Despues se dirigió á nosotros, diciendo: «Dad más rodeo; no podeis seguir por esa peña, porque el arco sexto yace hecho trizas en el fondo.

(1) Caprona, fortaleza de los pisanos en la ribera del Arno, de la que se hicieron dueños los lucanos, y por capitulacion devolvieron á los pisanos.

(2) Que arranca los cabellos.



«Sin embargo, si quereis pasar más adelante, dirigios por esa roca escarpada, cerca de ella hay otro puente por el que podeis atravesar.

»Mil doscientos setenta y seis años hizo hayer, cinco horas despues de la presente, que quedó interceptado este camino (1).

»Envío allí á varios de los mios para que observen si alguno saca la cabeza al aire: marchad con ellos, pues no os causarán el menor daño.

»Adelante, Alichino (2) y Calcabrina, comenzó á decir, y tú tambien, Cognazzo; Barbariccia dirigirá la decena.

»Vengan además Libicocco y Draghinazzo, Ciriatto, el de los grandes colmillos; Grafficanne, Farfarello y el loco Rubicante.

»Buscad alrededor de la hirviente liga; que lleguen salvos esos dos hasta el puente entero que lleva el foso.»

«¡Oh Maestro! dije yo entonces, ¿qué es lo que estoy viendo? si es que tú conoces el camino, marchemos solos, sin esa escolta, que por mi parte no la necesito.

»Sé prudente cual acostumbras. ¿No ves cómo rechinan los dientes y nos amenazan con su ademan?»

Y me respondió: «No quiero que te amedrentes; déjalos que castañeteen con sus dientes. Solo lo hacen por los infelices que aquí hierven.»

Se lanzaron por el camino de la izquierda, no sin haber apretado antes sus lenguas entre los dientes, como muestra de inteligencia con su jefe.

El cual hizo trompeta de su ano.

(1) Por terremoto acaecido cuando la muerte de Jesús.

(2) Alichino, que obliga á inclinar á los demás.—Cagnazzo, perro malvado —Barbariccia, barba erizada.—Libicocco, deseo voraz —Calcabrina, que pisotea el rocío, ó sea la divina gracia.—Grafficanne, perro que araña.—Farfarello, charlatan. —Rubicante, inflamado. Estos eran los nombres que les da Landino.

# CANTO VIGÉSIMOSEGUNDO

*Prosecucion del foso quinto.—Hallan los poetas á Giampolo, ministro del rey Teobaldo, que comerció con el fabor de su dueño.—Inventiva de Giampolo para precaverse de los garfios de los demonios.—Caen riñendo dos demonios en la pez hirviendo.*

Yo habia visto marchar varios ginetes, trabar combate, batirse, y á veces emprender la retirada.

Habia presenciado el hacer excursiones á vuestra patria, moradores de Arezzo, y devastarla casi por completo; habia visto luchar en justas y torneos, ya al eco de las trompetas, ya al tañido de las campanas, como al son de los tambores y otros bélicos instrumentos, con todo el aparato consiguiente.

Pero jamás ningun instrumento de aire tan raro habia visto indicar marcha á infantes ni á ginetes; nunca en los mares sirvió de guia á ningun buque faro parecido.

Nosotros íbamos detrás de los diez demonios (¡qué terrible compañía!), pero debí hacerme cargo de que en la iglesia con los santos, y en la hostería con los glotones.

A pesar de todo, mi imaginacion se preocupaba para investigar todos los rincones del foso, y de los que en la pez ardian.

A semejanza de los delfines, cuando formando arco, saltan del agua y dan seña á los marineros para que salven su embarcacion.

Así varios condenados, para dar alivio á su padecer, asomaban la espalda, y súbito la volvian á ocultar.

Y como en la laguna tienen la cabeza á flor del agua, escondiendo el resto del cuerpo, permanecian allí los pecadores asomando tambien su cabeza: mas tan pronto como se aproximaba Barbariccia, se sumergian veloces en la ardiente pez.

Aun siento mi corazon lleno de horror al recordar que ví á uno que tardó en ocultarse, como acontece á las ranas más perezosas, cuando Grafficanne, que era el que tenia más pro-



ximo, lo enganchó por los cabellos y lo sacó fuera como si se tratara de una nutria.

Yo sabia los nombres de aquellos demonios por haberlos oido nombrar al ser escogidos.

«Rubicante, plántale tu horca por la espalda; desuéllalo,» voceaban aquellos maldecidos.

Entonces dije á mi guia: «Procura indagar, si puedes, quién es el infeliz caido en las garras de sus enemigos.»

Mi Maestro le interrogó de dónde era, y le contestó: «En el reino de Navarra tuve mi cuna (1).

»Mi madre me acomodó en casa de un noble; me tuvo por un disipador que habia consumido su salud y su fortuna; más tarde tuve el favor del rey Teobaldo, é hice comercio con los empleos y honores, cuyo crímen expío en este caldo volcánico.»

Ciriato, al que le asomaba un colmillo por cada lado de la boca, como á los jabalíes, le hizo conocer cuán terribles eran aquellos colmillos.

Tambien acudió el raton entre aquellos malos gatos, mas Barbariccia lo cogió y dijo: «Estate aquí en tanto le planto los garfios.»

Y dirigiéndose á mi guia, le dijo: «Pregúntale si alguna cosa más deseas antes de descuartizarlo.»

Mi Maestro: «¿Conoces entre los condenados sumidos en la pez algun latino?» A lo que respondió: «Acabo de separarme de uno que fué vecino de Italia. ¡Ah, si estuviese oculto como él, no temeria las garras y los garfios!»

Libicocco exclamó entonces: «Harta es nuestra paciencia;» y con su arpon le agarró los brazos, arrancándole el antebrazo del primer golpe.

Draghignazzo pretendió cogerle por las piernas, mas su decurion se volvió hácia ellos con indignados ojos.

Al ver mi guia que se habian calmado los ánimos, preguntó presuroso al infeliz herido:

«¿Quién es aquel de quien en hora menguada te separaste para venir á la orilla?» Y contestó: «Es el hermano Gomite, gobernador de Gallura, fiera de indignidad, que se apoderó de los adversarios de su maestro, y se compuso de suerte que todos le rindieron alabanza.

(1) Era Giampolo ó Ciampolo.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY MEXICO

»Cogió el oro y les dió libertad, segun él lo confiesa, y en los demás cargos que ejerció no fué un mediocre, sino un completo prevaricador.

»Está muy unido á él D. Miguel Sancho de Logodoro, sin que se vean hartas sus lenguas de hablar de Cerdeña.

»¡Oh! ved cómo rechina los dientes aquel; temo que se prepare á herirme.»

Pero el capataz de los demonios miró á Garfarello, que giraba su vista de una á otra parte, queriendo darle martirio, y le dijo: «¡Quítate de ahí, alimaña!»

«Si deseais ver á algunos lombardos ó toscanos, observó despues la aterrada sombra, los haré llegar.

»Mas, que se desvien un tanto las crueles garras, para que no teman el castigo; yo mismo sentado en este lugar, sin embargo de estar solo, haré que vengan siete de ellos, sólo con silbar, como acostumbramos cuando algun condenado asoma la cabeza.» A esta frase levanté el hocico Cagnazzo, y moviendo la cabeza, dijo: «¿Veis la nueva traza que ha inventado para penetrar nuevamente en el estanque?»

Entonces la sombra que tenia muchos lazos tendidos, respondió: «Efectivamente me doy trazas para exponer así á mis compañeros á tormentos mayores.»

No le hizo ninguna resistencia Alichino; y en oposicion notoria contra los demás, le dijo: «Si te echas á la pez, no te seguiré yo de ningun modo, pero me cerneré por la superficie. Vé, déjanos la altura y el borde por custodia, para poder contemplar si tú solo vales más que todos nosotros.»

El navarro estuvo acertado en sus operaciones; fijó los piés en tierra, y arrojándose súbitamente de un salto, se puso á cubierto de sus nefandos designios.

Los demonios se quedaron cariacontecidos al ver su torpeza, especialmente el que fué causa de la desgracia, por lo que diciendo «te tengo» se lanzó al estanque.

Mas en vano, sus alas no pudieron aventajar en destreza á las del miedo; el uno penetró en la pez, mientras el otro se detuvo en la superficie, remontándose por el aire.

Cual se zambulle el pato al acercarse el halcon, sin que le quede á éste otro medio que retroceder fatigado y mohino.

Giego de cólera, al verse burlado Calcabrina, voló tras el demonio, anhelando vivamente que la sombra escapase, para encausarle de querella.



Así que desapareció el prevaricador, giró sus garras contra su compañero, y se las hundió en el cuerpo sobre la misma superficie del estanque.

Mas este gavilan valiente hizo uso de las suyas, y los dos cayeron en la abrasadora pez.

Poco tardó en separarlos el calor, pero no les fué dado levantarse por hallarse sus alas completamente embadurnadas

Irritado Barbariccia como todos los suyos, hizo que volasen hasta cuatro á la otra parte con sus horcas, sin perder un instante.

Despues que hubieron declinado hasta el sitio, alargaron los garfios á los dos diablos caidos en la pez, que ya se hallaban casi abrasados.

Nosotros les dejamos riñendo todavía.

# CANTO VIGÈSIMOTERCERO

*Sexto foso del círculo octavo; el de los hipócritas.—Vagan inclinados, bajo la prision de una plancha de plomo.—Hallan en él los poetas á Catalano y Loderingo de Boleña.*

SILENCIOSOS, solos y sin escolta marchábamos el uno tras el otro, á imitacion de los frailes menores.

El altercado que habíamos visto me recordaba la fábula de Esopo, en que se habla de la rana y el raton.

Las palabras *mo* é *isa* me parecian no estar más relacionadas entre sí, que la fábula, el móvil y fin de aquella camorra (1).

Y como de una idea brota otra idea, nació de aquel pensamiento otro, que dió más cuerpo á mi primer pánico.

Hé aquí la idea: «Nosotros hemos sido orígen del chasco de aquellos demonios, y tantas ofensas y golpes que han recibido, que me figuro que deberán darles mucho dolor.

»Si la rabia va unida á su mala voluntad, nos perseguirán cruelmente, tanto como el perro á la indefensa liebre.»

Ya se me erizaban de miedo los cabellos; en esta situacion, miré hácia atrás y dije á mi guia: «Si no puedes ocultarnos á los dos en el instante, temo á los diablos y sus garras maldecidas; ya nos siguen la pista, y estoy tan cierto, como que los percibo detrás.»

Y el me respondió: «Si fuera yo una vasija de estaño doble, no conseguiria atraer tu imágen con más velocidad que con la que penetro en el fondo de tu alma.

»En este momento, estaban tan afines tus pensamientos con los mios, que de los dos he tomado un mismo consejo.

«Si la costa que está á nuestra derecha se inclina lo suficiente para que descendamos al otro foso, podremos esquivar la caza que te figuras tan inminente.»

Acabada de emitir esta idea, ví á los demonios con desplegadas alas avanzar hácia nosotros, y alargar sus garras para cogernos, tan pequeña era la distancia que nos separaba.

(1) *Mo* é *isa* palabras lombardas, sinónimas.



Instantáneamente mi guia me tomó, como madre que, despierta por el fulgor, ve brillar las llamas cerca de ella, abraza á su hijo con ambos brazos y huye presurosa, pensando más en él que en su propio peligro, sin embargo de estar casi desnuda.

Dejóse resbalar de lo alto de la calzada, volviendo la espalda á la roca escarpada que cierra un lado del otro círculo.

El agua que hace dar vueltas á la rueda de un molino, es menos veloz que lo fué en su evasion mi querido Maestro, ciñéndome contra su pecho, más bien que como un amigo, como un hijo.

No bien tocaron nuestras plantas el suelo del abismo profundo, se vieron los demonios en la cúspide de la peña sobre nuestras cabezas; mas yo no tenia ningun cuidado, porque la Divina Providencia, que les habia conducido allí para ser ministros del quinto foso, les ordenaba permanecer perpétuamente en él.

Notamos allí abajo una porcion de almas brillantes que andaban con lento paso, dando vueltas continuas y llorando, que parecian rendidas al dolor y al cansancio.

Todas ellas ostentaban capas de coro, provistas de cogullas que les llegaban hasta la cara, de la misma forma que las que usan los monges de Colonia (1).

Siendo doradas por el exterior aquellas capas, deslumbraban, pero en su interior eran de plomo, y tan pesadas, que á su lado parecian de corcho las de Federico (2).

¡Oh manto eterno y aterrador! Volvimos hácia la izquierda y proseguimos nuestra marcha, al lado de aquellas almas, oyendo sus tristes lamentos.

Agobiadas por su enorme peso, andaban tan despacio aquellas infelices, que á cada paso cambiábamos de pareja.

Y dije á mi Maestro: «Ve si hallas alguno cuyo nombre y

(1) Se dice que en Colonia hubo un insolente abad que pidió permiso al Papa para que sus monges llevasen capas de escarlata, cinto, espuelas y estribos de plata dorada cuando cabalgasen. El Papa, en vez de acceder, ordenó que en adelante sus monges y él usasen capas mal hechas negras y estribos de madera.

(2) Federico II encerraba á los reos de lesa majestad entre planchas de plomo para de aquel modo entregarles á las llamas.

alguna circunstancia sepas: al efecto, gira tu vista en derredor.»

Una de ellas que oyó el idioma toscano, exclamó: «Detened vuestros pasos, los que correis tanto á través del viento sombrío.

»Tal vez podrás lograr de mí lo que pides.» Luego, volvióse á mi guia, diciéndole: «Modera tu paso hasta que iguales el suyo.»

Me paré y ví á dos que en sus ojos demostraban mucho afan por hablar conmigo; mas el peso enorme que llevaban y lo estrecho del camino les hacia retardar.

Luego de alcanzarme, se fijaron en mi vista, torvos y sin proferir una sola palabra; despues se volvieron el uno al otro, diciéndose:

«Este parece vivo por el movimiento de su garganta; y caso de que sean muertos, ¿qué privilegio tienen para librarse del pesado manto?»

En seguida me dijeron: «¡Oh, toscano, que conseguiste penetrar hasta la morada de los infelices hipócritas, dígnate indicarnos quién eres!»



A mi vez les contesté: «He nacido y crecí en las hermosas riberas de rio Arno, en la magnífica ciudad (1), y conservo aquí mi cuerpo de siempre.

»Mas vosotros, en cuyos semblantes se retrata el dolor ¿quiénes sois, y qué castigo pesa con tal brillantez sobre vosotros?»

«Estas capas, repuso uno de ellos, son de plomo tan pesado, que nos hacen inclinar, cual el peso á la balanza.

»Ambos fuimos alegres frailes boloneses. Yo me llamo Catalano y éste Loderingo. Tu pueblo nos hizo magistrados, siguiendo el hábito de escogitar á un hombre neutral para conservar la paz, lo que ejecutamos nosotros muy bien, segun se puede ver a un en las cercanías de Gardingo (2).»

«Yo repuse: «Hermanos, vuestros malos...» No pude proseguir, por haber visto un hombre en el suelo crucificado sobre tres maderos (3).

(1) Florencia.

(2) Pueblo que, refiriéndose á la alegre vida de los frailes de Santa María, órden caballeresca fundada por Urbano IV, les valió despues el dictado de frailes alegres. -Napoleon Catalano y Loderingo Andérolo, nombrados magistrados de Florencia en 1226, despues de ejercer una sabia administracion, vendiéronse a los gibelinos, y quemaron los palacios de los Uberti, sitos en un barrio de la ciudad llamada Gardingo.

(3) Segun el poeta, Caifás, su suegro Ananías y los que asistieron al consejo en que se decretó la muerte de Jesucristo, están crucificados en el Infierno.

Así que él se fijó en mí, hizo una contorsion de dolor, y comenzó á agitar su barba con la fuerza de sus suspiros; fray Catalano me objetó:

«Ese crucificado que ves, convenció á los fariseos de que un hombre debia sufrir martirio por el pueblo.

»Está desnudo y tendido á través del camino, segun ves, para que sufra el peso de cada uno de los que transitan por este sitio.

»Su suegro padece idéntico castigo en aquel foso, como todos los del famoso consejo, que fué semilla de desgracias para los judíos.»

Entonces ví á Virgilio, que miró asombrado al que tan vergonzosamente estaba tendido en la cruz en eternal destierro.

Despues se dirigió de esta manera al religioso: «¿Nos diriais si á mano derecha hay alguna abertura por la que podamos salir sin obligar que nos saquen del abismo los ángeles negros?»

Y contestó: «Más cerca de lo que te puedes figurar se alza una gran peña, que nace del gran círculo y atraviesa todos los sombríos valles; mas está cortada en esta parte y no prosigue sobre él. Podeis ir por las ruinas que descansan en la pendiente y obstruyen el fondo.»

Mi Maestro permaneció un rato con la cabeza baja, y dijo: «¡Cómo nos ha engañado el que atormenta á los pecadores!»

Entonces dijo el fraile: «Oí contar en Bolonia los infinitos vicios del demonio, y ente ellos era el mayor la falacia y la mentira.»

Mi Maestro se alejó entonces precipitadamente, con el rostro algo descompuesto por la cólera. Yo tambien me aparté de aquellos culpables que llevaban tan enorme peso, para seguir las huellas de mi buen protector.



# CANTO VIGÉSIMOCUARTO

*Sétimo foso del círculo octavo, ó el de los ladrones.—Se les ve aguijoneados por horrendas serpientes.—Vanni, Fucci de Pisidia.—Sus profecías contra la patria y contra Florencia.*

En la parte del año nuevo que el sol baña su cabellera en el Acuario y que las noches comienzan á no usurpar nada á los dias; cuando asemeja la helada en la tierra la color de su blanca hermana, para durar poco y mitigar su aspereza, se levanta el labrador que carece de forraje, observa, y viendo la campiña blanca, se desespera, torna luego á su casa, la recorre por todos sus ámbitos lamentándose como el que no sabe de qué manera salir de sus apuros. Luego vuelve nuevamente al campo y renace su esperanza al ver mudada la faz de la tierra en pocos momentos; toma entonces su cayado, hace que salgan sus ovejas y se encamina al monte precedido de ellas.

De igual manera mi guia me aterrorizó cuando ví los nublados de su frente, si bien tardó poco en tranquilizarme, pues cuando llegamos al puente roto, mi Maestro se volvió y me miró con semblante placentero, como ya lo habia verificado antes en la falda de la montaña.

Paróse reflexivo, y luego de tomar determinacion y notar bien las ruinas, abrió sus brazos, me rodeó con ellos, y como el trabajador que calcula siempre lo que hará una vez terminada su labor, así al levantarme mi guia sobre la cúspide de una roca, distinguia otra diciéndome: «Cógete á esta primero, pero mira antes si como está podrá sostenerte.»

En verdad que aquel camino no era el más á propósito para los que se envolvian en capas de plomo, pues que el ágil Virgilio y yo, á quien él sostenia, apenas podíamos trepar de cresta en cresta.

Y si no hubiera acortado el camino por aquella parte más que por la otra, no sé qué hubiera sido de mí Maestro; de mí puedo decir que me hubiese rendido la fatiga.

Mas como Malebolge declina siempre hácia la boca del profundo pozo, cada valle que se visita, presenta una parte ele-

vada y otra en descenso. Por fin, llegamos al pico en que rompe la última piedra.

Tan poca fuerza me quedaba cuando estuve en lo más elevado, que no me era dado pasar adelante, de suerte que me ví precisado á sentarme.

«Es necesario ahora sacudir toda pereza, dijo mi guia; no adormeciéndose en blandos cojines, es como se llega al templo de la Fama.

»El que pasa el tránsito de la vida sin gloria, deja en la tierra una huella parecida á la del humo en el aire ó la de la espuma en el agua.

»Levántate, pues, y vence el cansancio con ánimo triunfante, sin dejarte rendir por el peso del cuerpo.

»Aun hemos de subir más larga escala: no basta haber dejado detrás esas breñas. Mi voz, si la oyes, que te preste aliento.»

Entonces me levanté, mostrando más ánimo del que en efecto tenia, y diciendo: «Marcha adelante, fuerte y osado soy.»

Proseguimos nuestro camino por otra peña más áspera, angosta y difícil que la anterior.

Yo andaba y hablaba por no parecer débil, cuando una voz nacida del otro foso pronunció una frase poco inteligible; no pude saber lo que articuló, sin embargo de encontrarme en la cumbre de la bóveda que daba encima de él; sólo pude notar que el que hablaba era presa de concentrada cólera.

Me incliné; mas como la vista de un vivo no podia penetrar en el fondo, enmedio de la oscuridad, dije: «Maestro, haz por arribar al otro círculo, y procura que descendamos por la pared; desde aquí oigo y no entiendo, veo y no distingo.»

«Yo te contestaré, me dijo, cediendo á tu antojo, cuando sea justo; debe atenderse á él, pero en silencio.»

Descendimos al puente por la parte en que se junta á la ribera octava, y entonces ví todo el foso.

Noté allí una horrible infinidad de serpientes de tan diversas castas, que aun me horroriza su recuerdo.

Que Libia y sus arenales no se vanaglorien ya de poseer hidras y amfísbenas (1).

(1) Preciosa piedra, que segun creencia, deslumbraba hasta el caso de hacerlo todo invisible.



Que la Etiopía y el país á esta parte del mar Rojo, no ostenten ya más los mónstruos y plagas que nacen en su seno.

Enmedio de aquella muchedumbre cruel y terrible de reptiles corrian gentes desnudas y aterradas, sin la menor esperanza de hallar asilo ó piedra heliótropo.

Tenian sus manos atadas á la espalda, por ligaduras de serpientes, que enroscadas formaban muchos nudos, y les apretaban los riñones con sus cabezas y colas enlazadas.

En aquel momento, uno de aquellos desventurados, que se hallaba en el mismo lado que nosotros, fué mordido por una serpiente en el punto en que el cuello se une á los hombros.

Y en el pequeño intérvalo que se necesita para trazar dos letras, se inflamó aquel pecador, y cayó hecho cenizas.

Mas apenas quedó consumido, se unió por sí sola la ceniza y se volvió á formar el cuerpo igual que antes.

De este modo pretenden los sabios que muere el fénix para volver á nacer cerca de su quinto siglo.

Ni se alimenta de trigo ni de yerbas durante la vida, y sí de amomo y lágrimas de incienso, formando el nardo y la mirra, su último lecho (1).

Como el hombre que cae sin darse cuenta del motivo, bien por la fuerza del demonio, ó bien por la de un accidente, y se alza aterrado por la angustia que ha sufrido mirando en torno suyo y suspirando.

Se alzó ante nosotros el pecador. ¡Oh! ¡cuán severa es la justicia de Dios, al revelar de este modo la venganza por virtud de tales castigos!

Mi guia le preguntó quién era, y respondió:

«Poco hace que fuí lanzado de Toscana á este horrible foso.

»Fuí seducido por la vida bestial, no por la humana; fuí un verdadero mulo. Soy Vanni Fucci, el bruto, y Pistoia fué mi digno cubil.»

Yo dije á mi maestro: «Pregúntale por qué causa fué lanzado aquí abajo. Yo le conocí sanguinario y colérico.»

Sin embargo de oirme, no se ocultó el condenado, sino que atento volvió hácia mí su avergonzado rostro.

Y me dijo: «Deploro que me veas sumido en semejante miseria, más que sentí verme privado de la vida.

(1) El poeta copia á Ovidio Met. Lib. XV.

»No puedo rehusar lo que pides. Me encuentro aquí por haber robado en la sacristía los preciosos ornamentos, y por acusar falsamente á otro (1). Mas para que te regocije mi miseria, si sales alguna vez de estos sitios inmundos, oye lo que voy á decir:

«En un principio se liberta Pistoia de los Negros; y despues Florencia renueva costumbres y patricios. Marte alza del valle de Magra un vapor que, formando negras nubes amenaza descargar una tempestad furiosa y horrible sobre los campos de Piceno; allí se desgaja súbitamente la nube que ha de confundir á todos los Blancos (2).

»Te lo comunico para contristarte (3).»

## CANTO VIGÉSIMOQUINTO

*Continuacion del foso séptimo del círculo octavo; el de los ladrones y cohechadores.—Halla el poeta á Caco en forma de centauro; ostenta un dragon en sus hombros. — Hallazgo de cuatro florentinos.—Trasformacion particular de dos sombras.*

TERMINADAS aquellas frases, el ladron levantó sus manos é hizo con ellas una grosera accion gritando: «Toma, eso para tí, Dios de los cielos.»

En el mismo momento, una serpiente, y desde entonces me agrada su casta, se le enroscó en el cuello, como diciéndole: «No consiento que blasfemes más.»

Otra se le agarró á los brazos, y atándoselos por delante con varios nudos, lo sujetó, de suerte, que al condenado ya no le fué posible moverse.

«¡Oh, Pistoia! ¿Por qué no te consumes tú misma para dejar de existir completamente, ya que cada vez avanzas más tus hijos en el camino del mal?»

En todos los abismos no he visto un espíritu más rebelde á Dios, ni siquiera el que cayó de los muros de Tebas (4).

(1) Vanni Fucci, al verse preso por robo de los sagrados vasos, acusó al notario Vanini della Nona, en cuya casa los tenia, y fué ahorcado éste siendo inocente.

(2) Piceno, do fueron derrotados los Blancos en 1301 por el marqués Marcelo Malaspina, que mandaba los negros.

(3) Dante que estaba afiliado á los Blancos, fué desterrado.

(4) Capaneo.

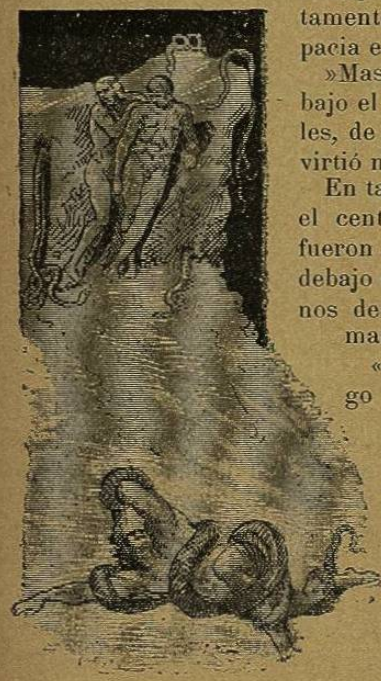


El ladron se dió á correr sin pronunciar una palabra, y en el propio momento ví un centauro furioso que venia bramando: «¿Dó está el vano, dó está el réprobo?»

Los Marismas no es posible que contengan tantas culebras como llevaba en su grupa el centauro, hasta el sitio que principia la humana forma.

Sobre sus hombros, y tras la nuca, llevaba un dragon con alas tendidas, que arrojaba llamas á todo el que se le aproximaba.

Mi guia dijo: «Mas de una vez ese mónstruo, debajo de las peñas del monte Aventino, formó un mar de sangre.



»No permanece con sus hermanos, por haber tomado fraudulentamente el inmenso rebaño que pacia en sus cercanías.

»Mas tuvieron fin sus crímenes, bajo el peso de la maza de Hércules, de cuyos cien porrazos no advirtió ni la parte décima.»

En tanto que mi guia hablaba, el centauro desapareció; despues fueron avanzando tres espíritus por debajo de nosotros, sin apercibirnos de ellos, hasta que nos llamaron:

«¿Quiénes sois?» Desde luego suspendimos nuestra conversacion para contemplarlos. Yo no los conocia, mas coincidió que uno de ellos llamó al otro diciendo:

«¿Cianfa (1), dónde se quedó?» Yo, para que mi Maestro mirara con atencion, puse mi dedo entre la nariz y la barba.

No extrañaré ahora, lector, que dejes de creer lo que voy á decirte, puesto que habiéndolo visto yo mismo apenas lo creo.

(1) Cianfa, de la familia Donatti, en Florencia.